

La generación del 98 y el neo humanismo

Cuando insistimos en la lectura de los autores de la generación del 98, es porque los consideramos dignos de muy seria atención, no sólo por los valores literarios intrínsecos vivos en sus obras, sino además, por cómo se relaciona el sentido profundo de las mismas con un movimiento de trascendental alcance para todos nosotros: el movimiento de revaloración de lo clásico, que puede significar tanto para el mundo nuestro y para el mundo futuro.

El alcance del movimiento a que aludimos ha podido medirse en hechos concretos y muy próximos: los creadores del 98 nos han demostrado con su capacidad heroica, durante la guerra civil española, la validez de su formación. Independientemente considerados, respecto a sus posiciones de partido, Azorín, D'Ors, Machado, Juan Ramón Jiménez, y tantos otros, han vivido la hora tremenda con fuerza singular, con maravilloso equilibrio, y con un dominio extraordinario de las situaciones; sin abandonar su oficio y su creación; sin sentir amortiguada en ningún momento su capacidad de trabajo; sin dejar de ser — cada uno en su puesto — lo que cada uno era. Y es Azorín, desde el exilio en París, con sus bellas crónicas melancólicas, en la que su estilo de antes no se pierde ni se tambalea, sino que mantiene el intacto orden de siempre; y es Antonio Machado, fiel a sí mismo, cantando en medio del duelo y del fuego las cosas de su alma, entre el mundo que lo rodea, en sonetos de firme estructura, en los que la pasión dolorosa no quiebra aquel bellissimo equilibrio arquitectural de los versos; y es Juan Ramón Jiménez, fiel a su causa, cuyos poemas no pierden — frente a lo accidental, vertiginoso y ensangrentado — el tono entrañable, de secreto interior, dicho según una estricta conciencia de artista.

Esta generación del 98, así llamada por haber promovido justamente en ese año, a raíz de la derrota de España por Estados Unidos en la guerra de Cuba, los nuevos escritores, la idea de una España nueva, se ha formado en una bella experiencia dirigida al orden, al equilibrio, a la superación heroica de lo accidental y de lo episódico; experiencia de búsqueda heroica de todo lo que tenga un sentido eterno y universal. Fué, naturalmente, y por todo eso batalla, revolución, renacimiento — si se purifican esas palabras de todo el sentido que han cobrado a través de la vida confusa de todos los días, — y si se consideran en la limpieza de su origen. Batalla contra los elementos negativos del Romanticismo; revisión de los valores literarios llegados hasta ese momento a través de confu-

sión, de difusión sin rigor; renacimiento, que tiene en cuenta los elementos tradicionales y les infunde una nueva vida, fresca y tensa. Batalla y renacimiento constructivos, hechos a base de una aptitud heroica que es renunciamiento, fidelidad a la Inteligencia, pasión de la Inteligencia, y fidelidad a lo universal, a lo eterno, firmemente perseguido a través de experiencias vitales y artísticas en las que está vivo y encendido ese puente misterioso que va de lo popular, folklórico, intuitivo, esencialmente humano y por eso universal, hasta el mundo personal, conciente, entrañable de los artistas cultos.

En "Clásicos y modernos" — Azorín estudia el origen de la generación del 98 —; después de hablar con una claridad extraordinaria de los antecedentes de ese movimiento y de señalar el valor que lo extranjero ha tenido en ese movimiento, dice frases como éstas:

"Un espíritu de protesta, de rebeldía, animaba a la juventud del 1898 — Ramiro de Maeztu escribía impetuosos y ardientes artículos, en los que se derruían valores consagrados y se anhelaba una España nueva, poderosa. Pío Baroja, con su análisis frío, reflejaba el paisaje castellano, e introducía en la novela un hondo espíritu de disociación: el viejo estilo, rotundo, ampuloso, sonoro, se rompía en sus manos, y se transformaba en una notación algebraica, seca, escrupulosa.

Valle Inclán, con su altivez de gran señor, con sus desmesuradas melenas, con su refinamiento de estilo, atraía profundamente a los escritores novicios y les deslumbraba con su visión de un paisaje y de unas figuras sugeridas por el Renacimiento Italiano.

El movimiento de protesta comenzaba a inquirir a la generación anterior... En febrero de 1897, uno de los más prestigiosos escritores de esa generación anterior — don José María de Pereda — lee su discurso de recepción en la Academia Española... Pereda habla en su trabajo de ciertos modernistas partidarios del cosmopolitismo literario; contra los tales arremete furiosamente...

La generación del 1898 ama los viejos pueblos y el paisaje — dice Azorín — intenta resucitar los poetas primitivos (Bercer, Juan Ruíz, Santillana), da aire al fervor por el Greco ya iniciado en Cataluña y publica, dedicado al pintor cretense, el único número de un periódico: "Mercurio"; rehabilita a Góngora, uno de cuyos versos sirve de epígrafe a Verlaine... Siente entusiasmo por Larra y en su honor realiza una peregrinación al cementerio en que estaba enterrado y lee un discurso ante su tumba, y en ella deposita ramos de violetas; se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras con objeto de aprisionar menuda y fuertemente la realidad.

La generación del 1898 — en suma — no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior: ha tenido el grito, apasionado de Etchegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor, y el amor a la realidad de Galdós. Ha tenido todo eso: y la curiosidad mental por lo extranjero — y el espectáculo del desastre — fracaso de toda la política española — han avivado su sensibilidad y han puesto en ella una variante que antes no había en España".

Quien lea todo este trabajo de Azorín sobre "La generación del 98", y quien lea además los otros contenidos en el precioso libro "Clásicos y

modernos", así como los de "Al margen de los clásicos" y aún los de "Los valores literarios", va a percibir una interesantísima posición en el espíritu del crítico, posición que es también signo de la actitud novecentista: quien lea toda la crítica de Azorín, sobre antiguos y contemporáneos, y sobre los autores inmediatamente anteriores a su generación notará que, en general, y hecha abstracción de sus excesivos ataques — luego rectificadas con nobilísimo afán de sinceridad y de justicia — en general, la posición es aquella que el Maestro de la Lógica Viva preconizó con su tan heroica insistencia didáctica: no juzgar por **nuevo y viejo** sino según, **bueno y malo**. La posición crítica de los novecentistas al hacer su revisión de valores de la Literatura Española, está dentro de esa lógica depurada; y — en ese plan — quedan valorizados aquellos autores de verdadera aptitud creadora, sean de la época que sean. ¿Es Cervantes? ¿Es Larra?, y desvalorizados y anatematizados los falsos creadores, en cualquier tiempo y lugar, los retóricos, los artificiosos, los sin fuerza y sin autenticidad.

La generación del 98 revisa los clásicos; encuentra en ellos la maravillosa fuente clara: Azorín, D'Ors, Ortega y Gasset, señalan en los grandes creadores el valor vivo, suscitan el interés por lo auténticamente clásico, destacan sus caracteres, muestran la distancia que hay entre eso auténticamente clásico y las falsas imitaciones, entre lo clásico y lo académico.

Muestran esos valores clásicos de muchas maneras: en Azorín aparece el estudio concreto, en estilo sensible y lleno de vivacidad y de color, y de gracia, de los autores ilustres: Cervantes, Quevedo, Fray Luis de León, El Romancero español, el cantor del Cid...; en Ortega y Gasset, el mismo estudio a través de un lenguaje más directamente didáctico, magistral; en otros momentos, y en otros autores, lo clásico está mostrado según aquella forma de crítica que Wilde exaltó — la del crítico artista — forma de crítica que significa "recreación" de las obras; y así en "La Ruta de Don Quijote" de Azorín; y así, sobre todo, en aquel libro ardiente, confesional, lleno de sagrada locura "Vida de Quijote y Sancho", de Miguel de Unamuno, el más trágico, el más humano, el más simbólico de esta fecundísima generación de que hablamos. Ortega y Gasset dice, en los primeros momentos de esa revisión de lo clásico: "Es curioso observar que el llamado **estilo clásico**, a que buen número de nuestros políticos se han acogido, no es ni por casualidad el somero, recio y sincero de algunos novelistas y teólogos, sino el muy lamentable de los historiadores retóricos como Moncada, Melo, Coloma, Solís, etc. Estos hombres, narradores decadentes de hazañas que no comprendían bien, no hicieron sino imitar el ritmo sentencioso y rebuscado de los historiadores latinos: Salustio, Livio, Tácito, — las contorsiones conceptistas de Séneca — modelos a quienes la actualidad ha arrojado de todo olimpo clásico. Así se ha perpetuado en nuestra literatura una propensión barroca, en el mal sentido de la palabra, **ornamental: y que patentiza dolorosamente el desequilibrio entre lo poco y vago que se tiene que decir y la ampulosa gesticulación con que se dice**".

Y otra vez el mismo Ortega, en su opúsculo sobre Pío Baroja:

"Por qué al llegar a ciertas obras del siglo XVI, nos parece que salimos a campo libre, y como si brisas frescas nos orecaran las sienas, y como si de un martirio saliéramos a un prado verde, que atraviesan rumurando claras aguas musicales bajo un cielo muy azul, muy bruñido, muy

firme? ¿Por qué continuando tiempo arriba, y llegándonos a los **primitivos españoles**, nos parece que hemos vuelto a topar con la vida, con los hombres, con cosas, con espíritu y con materia?..."

Ya está aquí presente la seguridad más enriquecedora, la que no es lección, la que en Juan Ramón Jiménez se va a decir, con sabiduría y sobriedad categóricas, en las notas de su 2.ª Antología Poética de 1918: **"Perfecto no es retórico, sino completo; clásico es únicamente vivo"**.

Esta gran lección, dicha en fórmula tan sintética y tan clara, amanece en las primeras intenciones críticas de los autores de la generación del 98. Tal descubren al mirar hacia lo clásico; así lo diferencian, y así establecen cuál es el valor verdadero de lo clásico, y así invitan de veras a buscar en ello este elemento fundamental que nos lo hace accesible, que nos lo hace fácil, rectificándose así una actitud muy corriente, que es la de alejamiento de lo clásico, la de falsa oposición entre clásico y moderno; la de gran inercia y dificultad para ir a las fuentes puras; posición ésta a la que no es extraña la influencia romántica; en la que todos nos hemos formado.

La generación del 98 — por lo que concretamente nos dice al revisar los valores clásicos; — por lo que ella misma nos da de sí, a través de sus experiencias y de vida y de creación nos ha **enseñado a revalorizar lo clásico**, a gustar de lo clásico, y a verlo no como cosa del pasado, sino como actitud eterna, viva en las obras que están hechas según un criterio de orden y de equilibrio, y de universalidad.

Azorín glosa un pasaje de Quijote y dice:

"Don Quijote hállase paseando por el porche — fresco y espacioso — de una venta. Hoy en nuestra vida moderna, al cabo de tres siglos, experimentamos una sensación análoga a ésta de Don Quijote, cuando — después de batallar incesante — nosotros esperamos en una estación para marcharnos, dentro de un momento, a un pueblecillo, al campo, de donde no hemos de volver. Atrás, en la gran ciudad, quedan todos nuestros afanes, nuestras angustias, nuestros anhelos, nuestras esperanzas. La juventud se ha desvanecido; en las lejanías de lo pretérito se han esfumado las ilusiones de la mocedad. El tren va a alejarnos dentro de un instante de la gran ciudad. No volveremos más a estos sitios en que tanto hemos trabajado y tanto sufrido. Don Quijote se pasea por el ancho pórtico de la venta". Con qué natural transición pasa del personaje antiguo — eterno — a este lector común, de todos los días; con que sutil intención se marca la universalidad del personaje y se destruye la distancia entre aquellos días del caballero en la venta, y estos días, y los que vendrán. . .

Lo clásico es lo vivo — esto de ahora y de siempre — ligado a la profunda esencia del Hombre universal.

Esa totalidad vital es lo que acerca lo clásico al nuevo humanismo de que hablan filósofos de nuestros días, y que tendría que ver, profundamente, con el espíritu, la vida, y la obra, de la generación del 98.

Se han acercado a lo clásico, a lo vivo, a lo real; han buscado allí, la realidad menuda, la vida de los humildes pueblecitos — como en Azorín — la dignidad de un oficio tenido por vulgar — como en D'Ors — la majestad de los grandes hombres dada naturalmente a través de rasgos que hasta los niños pueden mirar — como en Plos Sophorum — todo eso llevado a un plano de arte, a una expresión de belleza ordenada y sen-

cilla; tal la esencia humanística de estos autores.

Habla Maritain de un nuevo humanismo, y lo exalta como la forma de vida, de pensamiento y de arte, por la que la criatura podrá llegar a un orden nuevo y salvarse de todo lo que hoy transforma al mundo en encrucijada violenta de odio, de muerte y de pecado. Maritain distingue este humanismo del humanismo renacentista; vincula la diferenciación entre ambos a la diferenciación de concepto de persona frente al concepto de individuo; **el nuevo humanismo** no tiene que ver con la concepción naturalista del hombre y de la libertad, sino que se basa en el concepto **de persona humana** considerada con todos sus **atributos**, y en una gloriosa armonía de todos ellos.

Cuando se habla de vuelta a lo clásico, se consideran las cosas hacia ese nuevo humanismo, también calificado en la Filosofía moderna como "Humanismo integral"; se piensa en que esa vuelta a lo clásico no puede hacerse tal como si no hubiese existido la experiencia cristiana; es lo que el Renacimiento no vió. En el "Ariel" de Rodó esta idea asoma muchas veces en las páginas fundamentales de la obra, en las que se insinúa el consejo de hacer revivir los elementos válidos de la antigüedad, completados por todo lo que la experiencia cristiana de 20 siglos dió al hombre; tal sentido humanístico aparece en los escritores españoles que ahora nos ocupan; y de tal sentido, nace una cultura nueva, la cultura novecentista, concretada en D'Ors a través de su glosario, de su Filosofía del hombre que trabaja y juega, de su "Introducción a la vida angélica", etc., y viva, en formas graciosas y severas, a través de los ensayos de Azorín, de los ensayos de Machado en la voz de su Juan de Mairena; de la poesía verdadera de Juan Ramón Jiménez; de la novela y la crónica y el cuento precioso de Gabriel Miró.

Este nuevo humanismo, este equilibrio, esta Razón sensible, es la lección mejor que hemos de ver y sentir en la generación del 98. Una particular capacidad para superar lo astronómico; la Razón y la Sensibilidad, lo subjetivo y lo objetivo; lo familiar, y lo general unidos, interfiriéndose siempre, en una armonía singularísima. Ejemplo expresivo de esto lo tenemos en los poetas de esa generación; y ejemplo bellissimo, en aquel pasaje tan lúcido de Jiménez, cuando justamente supera una de las antinomias más angustiosas y más defendidas a través de la Estética romántica:

"Que una poesía sea espontánea no quiere decir que, después de haber surgido ella por sí misma, no haya sido sometida a espurgo por la conciencia. Es el sólo arte: lo espontáneo sometido a lo conciente".

Cuando se piensa en el paralogismo que Vaz Ferreira señaló tan lúcidamente, aquel, tan común, que consiste en tomar lo complementario por contradictorio, y se buscan ejemplos, de los que abundan para ilustrar ese estudio al margen de la "Lógica viva", encuentra uno la falsa oposición en que se ha establecido en los criterios filosóficos, estéticos, sociales, psicológicos, etc.; oposición entre los elementos intuitivos y los intelectuales. Esta oposición se concretó y avivó según el sentido de un falso bergsonismo: en efecto, la generación que sintió a Bergson, cayó fácilmente en el error, atribuyendo a la Intuición una jerarquía total, excluyente, como factor de conocimiento, de vida y de creación. Bergson hablaba, en tanto, de dos caminos para conocer: la Inteligencia y la Intuición. Probablemente la generación formada en el Romanticismo, que también valorizó a las

fuerzas oscuras del ser, tenía fatalmente que caer en el paralogismo que señalamos, y en el cual hemos respirado, hasta que un día esta voz que llama a una superación del dilema se hace clara. En Renán — en la maravillosa oración ante el Acrópolis — el problema está planteado con gran limpidez; sólo que quien lo formula está fructuando entre la serena verdad del orden puro y la pasión de niebla vaya y soñolienta... Pero esta inclinación al equilibrio, a la Armonía, a la vida de Razón interferida con la vida de la Sensibilidad, se ponen ya en camino...

Para los hispano americanos, la tendencia tiene signos vivos en los hombres de la generación del 98. Inteligencia e intuición; sensibilidad y razón; conciencia y subconciencia; espíritu de geometría y espíritu de sutileza, al decir de Pascal; ya no están contrapuestos, sino unidos vitalmente, según la medida del Hombre dueño de sus atributos; cuando Juan Ramón Jiménez dice: "lo espontáneo sometido a lo conciente", está ya todo en esta zona viva; cuando Eugenio D'Ors, nos habla de Platón, de Tucídides, de Bach, con la sensibilidad de un cristiano, está en esta zona; cuando Torres García nos dice el secreto del alma a través de estos retratos cuyos elementos plásticos viven el rigor de la sección de oro, está en esta zona.

Y esta zona es la del Nuevo Humanismo; veamos como introducción de lecturas este acento y su importancia en los autores que vienen de la generación del 98. Y en el país de Vaz Ferreira, miremos en este acento el milagro de una falsa oposición felizmente resuelta: lo inconciente y lo conciente, lo intuitivo y lo intelectual; la Razón y la Sensibilidad; todo esto descubierto por el camino de lo clásico, vale decir, de lo vivo, de lo eterno, de lo universal.

ESTHER DE CACERES.

UN DEBER DE LOS CATOLICOS:

Conocer, es decir, no ignorar lo que pasa a nuestro alrededor, en ésta sociedad siempre en ebullición y particularmente en ese mundo de las clases populares que tienen — quiérase o no, es un hecho que hay que tener en cuenta — una influencia decisiva sobre sus destinos; conocer, es decir, saber cual es su estado de alma, sus aspiraciones, las raíces profundas de los errores que la agitan periódicamente.

(P. Croizier S. J.).